

## X

Con pleno derecho puédese decir que el reino de Dios se muestra cuando en cualquier parte arraiga el principio de la transformación de la religión de la Iglesia en religión universal, bien que la realización completa de este reino esté infinitamente lejos de nosotros, porque en ese principio, como en el embrión que se desarrolla y se multiplica en seguida, está contenido ya todo lo que debe iluminar el mundo y poseerle. En la vida del universo, los miles de años son como un día. Debemos trabajar con paciencia en esa realización, y esperarla.—  
KANT.

Cuando te hablo de Dios, no pienses que te hablo de un objeto cualquiera de oro ó plata. El Dios de que te hablo lo sientes en tu alma, le llevas en ti mismo, y con tus pensamientos impuros y tus actos feos manchas su imagen en tu alma. Ante el ídolo de eso que respetas como Dios, librate de llevar á cabo un acto inconveniente, y ante la imagen de ese Dios que está en ti, que lo ve y lo oye todo, no te rubori-

zas ni aun cuando te abandones á tus ideas y tus actos impuros. Con acordarnos sólo de que Dios está en nosotros y vigila nuestros actos y pensamientos, cesaríamos de pecar, y Dios no saldría nunca de nosotros. Acordémonos, pues, de Dios, pensemos en él y hablemos de él lo más á menudo posible.—EPICTETO.

---

Pero ¿qué hemos de hacer con los enemigos que nos ataquen?

«Amad á vuestros enemigos y no los tendréis», dícese en la doctrina de los doce apóstoles.

Y no son vanas palabras, aunque la prescripción de amar á los enemigos no es sino una alegoría que no se ha de tomar al pie de la letra.

Esta respuesta es la indicación de una actividad clarísima y bien definida y de sus consecuencias. Amar á sus enemigos, á los japoneses, á los chinos, á esos hombres amarillos contra los cuales algunas personas ebrias tratan de excitar nuestra cólera, significa no dejarlos de matar para tener el derecho de envenenarles con opio, como lo

han hecho los ingleses; no dejarlos de matar para arrancarles sus tierras, cual lo han hecho los franceses, los rusos y los alemanes; no enterrarles vivos para castigarlos por haber estropeado una carretera; no atarles por sus trenzas y ahogarles en el río Amor, cual lo han hecho los rusos.

«El discípulo no es superior al maestro; basta al discípulo ser como el maestro.» Amar á los hombres amarillos, á quienes llamamos enemigos, significa no enseñarles bajo el nombre de cristianismo las supersticiones ineptas del pecado original, de la redención, de la resurrección, etc., no enseñarles el arte de engañar y de dar muerte á los hombres, sino la justicia, el desinterés, la misericordia, el amor, y esto no con palabras, sino por el ejemplo de nuestra vida buena.

¿Y qué les hemos hecho y qué les hacemos? Si en efecto amásemos á nuestros enemigos, si al menos comenzásemos ahora á amar á nuestros enemigos los japoneses, no tendríamos enemigos.

He aquí por qué, por extraño que esto parezca á los hombres ocupados de planes y preparativos militares, de consideraciones diplomáticas, de medidas administrativas, financieras, económicas, de proyectos revolucionarios y de diversos conocimientos inútiles, con los cuales han pensado libertar á la humanidad de sus calamidades, la liberación de los hombres, no sólo de esas calamidades de las guerras, sino de todas las desgracias que los hombres se infligen á sí mismos, se deberá, no á los emperadores ni á los reyes por la formación de alianzas de paz, no á la realización de proyectos socialistas, no á las victorias ni á las derrotas de mar y tierra, no á las bibliotecas, no á las universidades, no á esos ejercicios ociosos intelectuales que se llaman ahora ciencias, sino al hecho de que cada vez habrá más hombres sencillos, como los Dukhobors, los Drogjin y los Olkhovik, de Rusia; los Nazareens, de Austria; los Goutandier, de Francia; los Terrey, de Holanda y los demás que se han propuesto por objeto, no el cambio exterior de la vida, sino el cumplimiento más exacto de la voluntad

del que los envió á este mundo, poniendo toda su fuerza en la realización de este cumplimiento.

Esos hombres solos, cumpliendo en su alma el reino de Dios, establecerán, sin aspirar directamente á este fin, el reino exterior de Dios que desea toda alma humana. Vendrá la salvación por esta vía y no por ninguna otra. He aquí por qué los que dirigen á los hombres les inspiran las supersticiones religiosas y patrióticas, los excitan al odio y al asesinato de sus semejantes, y para libertar á los hombres del servilismo y la opresión, les solicitan para las transformaciones exteriores violentas, ó apartan á los hombres de lo que les es necesario y los alejan de la posibilidad de salvarse.

El mal que aqueja á los hombres del mundo cristiano proviene de que se hallan provisionalmente privados de religión. Unos, convencidos de la incompatibilidad entre la religión existente y el grado de desarrollo de la humanidad intelectual y científica de nuestro tiempo, han decidido que no es necesaria ninguna religión. Viven

sin ella y profesan la inutilidad de una religión cualquiera.

Otros, ateniéndose á la forma depravada de la religión cristiana, bajo la cual se enseña ahora, viven igualmente sin religión, y profesan formas vanas, exteriores, que no pueden servir de guía á los hombres en su existencia.

Y sin embargo, la religión que responde á las exigencias de nuestro tiempo, existe; todos los hombres la conocen; vive oculta en el corazón de los individuos del mundo cristiano.

He aquí por qué, para que toda religión se haga visible, obligatoria para todos, es menester que los hombres instruídos, los guías de la masa, comprendan que la religión es necesaria á los hombres, que sin religión los hombres no pueden vivir la vida buena, y que lo que llaman ciencia no puede reemplazar á la religión.

Y los hombres que disponen del poder y sostienen las formas envejecidas de la religión han comprendido que lo que sostienen y propagan como religión, no sólo no es religión, sino que es el obstáculo que

se opone á que los hombres adopten esa verdadera religión que conocen ya y que es la única que puede librarles de sus males.

De manera, que el único medio seguro de salvación de los hombres consiste en no hacer lo que impide á los hombres adoptar la verdadera religión que vive en su conciencia.

---